

LECTURAS

Para partirse de risa

Los olvidos malévolos de **Ramón G. Ferriz** y el mercado como motor de una revolución que no tiene nada de divertida



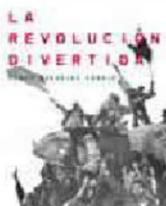
DOMINGO CABALLERO

Así que ya lo saben: «La esencia del capitalismo es la rebeldía»: tomar la pildora contra **Rouco Varela**, flamear derechos triunfantes de minorías desfilando ante **Gallardón** al ritmo de sus caderas, etcétera. Esta rebeldía cultural, repetámoslo, cultural meramente, no económica, no clasista, es la cultura que **Ramón G. Ferriz** denomina cultura «pop», que sería ya nuestra cultura dominante y que se traduce sobre todo de forma que no debe haber jerarquías estéticas ni éticas, pues tanto vale (en el mercado, ojo) una cresta de pelo verde como la «Gioconda».

Es fácil disentir: la entraña de las culturas (siempre hay varias, o varias en una) es jerárquica y piramidal. Y ello se constata a ojo, pues contemplada esa mayoría amorrada al «best seller» de caramelo en labios de un vampiro, mientras la élite se nutre, aburrída o exaltada, de poetas herméticos. Atención, que cuando Ferriz dice «revolución» quisiera decir «izquierda» trasnochada, y cuando dice «política» quiere decir «cultura». Y cuando dice «cultura» se refiere a algo final y definitivo; de ahí un brillante bati-burrillo difícil de desentrañar.

Se ha dicho tantas veces en la historia de la Humanidad que el final se acerca, que el Apocalipsis asomaba, que Cristo estaba al caer, y que no podía ser de otro modo, que hasta nuestro/nuestro **Rajoy** y la piadosa **Báñez**, las dos **Sorayas** y la **Cospedal** impecable y el **Rubalcaba** fatigado y fatigoso han hecho suyo el invento sin el menor esfuerzo, cominándonos, anegados en lágrimas de cocodrilo, a aceptar lo inevitable.

Peró miles de veces, por miles de veces, se ha oído retumbar en este mundo que lo imposible era posible. Y lo era. El



La revolución divertida
Cincuenta años de política pop
RAMÓN G. FÉRRIZ
Debate 2012

fantasma de **Marx** soporta el sambenito de determinista dogmático: primero el socialismo, luego el comunismo, por ese orden y en fila. Da igual que en múltiples ocasiones renegaran **Engels** y **Marx** del esquema. Pero cómo osan los neodeterministas tirar piedras, ellos que chapotean en el determinismo más letal: primero el jodío déficit, luego la milagrosa creación del empleo, pero por este orden y haciendo «snif».

Ferriz dice que no quiere hacer más juicios que los culturales. Y a fe que los hace rotundos y no solo culturales: «La esencia del capitalismo es la rebeldía», «No hay alternativa al capitalismo, porque los opositores son parte del capitalismo». ¿Cómo ser rebelde sin alternativa?, me pregunto.

Con estos mimbres se teje un esquema irónico, «divertido», que se proyecta sobre una izquierda progrediente, exhibiendo, con malicia y con razón, sus contradicciones: eran los tiempos en que el poeta **Gil de Biedma** no podía ser comunista por maricon, tiempos en que el trueno igualitario de **Dylan**, algo bebido, le cantaba a **Juan Pablo II** a demi-

culo. Sin ir más lejos, corrían tiempos en que me tuve que emplear a fondo, materialismo dialéctico en mano, contra un viejo luchador comunista que calificaba de «guerra» para arriba a una minifaldita.

Por Dios, dejad de ser aburridos, clama la nueva cultura. El elenco es fácil, y Ferriz maneja diestramente la heterogénea corte: desde «Triunfo», pasando por **Almodóvar**, **Leguina**, **Tierno**, **Sabina**, **Wyoming**, «Las Vulpes», **Banderas**, **Ana Belén**... «El escenario no era ya la fábrica, sino la TV y la cultura», subraya Ferriz. En resumen, han ganado lo que él llama cultura en forma de «revolución divertida» en la medida en que se aleja de una izquierda oficial.

¿Revolución divertida? ¿Para quién? Reconvertidos, privatizados, precarios, salarios en crecimiento nulo, 1.400 personas controlando el 80 por ciento del PIB, un 60 por ciento de mileuristas. Y no estoy hablando de este malhadado lustro. Estoy hablando de ayer. Antes, ya antes, había sangre, lágrimas, desahucios y sudor como para troncharse de risa.

Hay que tener jeta para «divertirse» con aquello. Quiere el Autor convencerlos de que la revolución ya está hecha desde la cultura. «La idea misma de que las revoluciones ya no sean de carácter político, sino cultural, y de que no sean resueltas mediante la violencia, sino a través del mercado es uno de los mayores logros de estos años».

¿No es político el cambio violento que nos están propinando? ¿Qué decir de una cultura del parado al sol de los mercados? ¿Qué gran desfachatez considerar el mercado precisamente como el motor de arranque de un tan triste jolgorio!

En resumen: he aquí una cultura minoritaria que prescinde de la economía y de la política con malevolencia.

En cualquier caso el Autor exhibe análisis agudos que deberían ser repensados por quienes se dicen de «izquierdas». Puede que este panfleto sutil sea una cabronada. Pero quien no tenga ideas que oponer a esta maquinaria bélico-teórica merece ser barrido por una derecha que, además de una cultura específica, dispone de bancos, sotanas, virgenes milagreras y fundaciones para dar que pensar.

El más fam

La egiptóloga **Joyce Tyldesley** rememora el descubrimiento de la tumba de **Tutankamón** hace noventa años

A. MONTES

A comienzos de un noviembre de hace 90 años, en el que en otro tiempo fue Tebas, la capital del alto Egipto, quedaron al descubierto los escalones que conducían a la tumba KV62. La notación con la que los arqueólogos identifican el enterramiento de Tutankamón en el Valle de los Reyes resulta demasiado aséptica para dar cuenta de la trascendencia del hallazgo, un momento irrepetible de la arqueología, de la popularización de la egiptología y de la incorporación de las momias y su entorno al imaginario del cine y la literatura. De todo ello habla la arqueóloga **Joyce Tyldesley** en **La madricación de Tutankamón. La historia de un rey egipcio**.

Hace ya más de un siglo, Egipto ya era un destino turístico para gente pudiente. «En 1898, Thomas Cook & Hijo podían alardear de haber escollado a 50.000 viajeros a Egipto», cuenta Tyldesley. Esa creciente corriente viajera comenzó a manar con la curiosidad por todo lo egipcio desatada por la divulgación de los resultados de la expedición de Napoleón al país fertilizado por el Nilo. «El valle se había convertido en la atracción turística de moda para la élite», y la ociosidad adinerada propició que participar en las propias excavaciones fuera un signo de distinción. En ese contexto coincidieron el arqueólogo **Howard Carter** y **lord Carnarvon**, encargado de costear sus trabajos, un desembolso a cambio del cual el promotor recibía la opción de quedarse con parte de los hallazgos.

Peró lo que hasta entonces era una distracción elitista se popularizó con Tutankamón. La prensa de la época, a pie de excavación, se ocupó de dar cuenta de los pormenores de lo que ocurría en el interior de aquel enterramiento

La brújula. POR EUGENIO FUENTES

Víctimas engrandecidas por un talento sutil

Dejemos las cosas claras ya: casi todos los cuentos de la polaca **Ida Fink** (1921-2012) recogidos en **Huellas** son muy buenos. Muy buenos. Ahora se puede añadir que se trata de una veintena de historias sobre la caza y exterminio de judíos por los nazis. No es, claro, el asunto el que hace buenos los relatos de **Huella**. Se han escrito páginas memorables sobre el Holocausto, pero también piezas deleznable. Y no pocas.

Lo que sitúa a **Ida Fink** en el restringido círculo de los elegidos es su delicadeza de espíritu y pluma, su profunda intuición para seleccionar puntos de vista y momentos, para hurtar lo evidente innecesario. Sus focos reflejan más la zozobra que la brutalidad. Las víctimas que recorren estas páginas son incapaces de ver cómo se les estrecha el cerco, o están aún en el instante que precede al miedo, o creen con inocencia haber sufrido ya lo peor, o son frágiles supervivientes devueltos por azar a las fauces del recuerdo. En todos los casos son víctimas engrandecidas por el sutilísimo talento de **Fink**.



Huellas
IDA FINK
Traducción de
Elzbieta Borikiewicz
Errata Naturae
240 páginas
17,90 euros

La obra más celebrada de la señora Bradley

Decimoctava de las novelas de la inglesa **Gladys Mitchell** (1901-1983), **Cuando sale la luna** es el mejor ejemplo de una escritura detectivesca trufada de elementos sobrenaturales. Mitchell alumbró el conocido personaje de la señora **Bradley**, investigadora freudiana de aspecto reptiliano a la que dio vida en más de 60 entregas entre 1929 y 1975, y que incluso tuvo una vida televisiva.

Aunque fue considerada una de las tres mayores escritoras detectivescas, junto con **Agatha Christie** y **Dorothy Sayers**, sobre Mitchell ha caído cierto injusto olvido tras su muerte. De esa bruma sólo ha seguido rescatándose una y otra vez este **Cuando sale la luna** que ahora propone, por primera vez en español, el sello **Fábulas de Albión**. Corren las vacaciones escolares de Pascua para los hermanos **Inner** en una pequeña ciudad. Son los años de entreguerras y la llegada del circo es un acontecimiento cuyo impacto será aún mayor al saberse que la trapealista ha sido asesinada. En noche de luna llena. La ciudad se convertirá pronto en un albergue de cadáveres.



Cuando sale la luna
GLADYS MITCHELL
Traducción de
Ángeles Via Rivera
Fábulas de Albión
320 páginas
22 euros